EL ECO LITERARIO.

NECESIDAD DEL ESTUDIO DE LA HISTORIA NACIONAL.

Ninguno de los diversos ramos del saber humano se ha visto quizá mas abandonado y en desuso entre nosotros, que la historia de nuestro hermoso pais. Desgraciadamente cosa bien fácil es de probar esto, enumerando las causas mas ó menos directas que lo han motivado. La insuficiencia, oscuridad, y si se quiere insipidéz de nuestros antiguos historiadores, el escaso número de éstos en nuestros últimos dias, debido al estado de abyeccion en que el absolutismo y sus fatales consecuencias colocára á la generalidad de los españoles por tanto tiempo, cegando las fuentes todas del saber, y la alarma perene producida por las luchas y violentos choques de los partidos, han sido, á nuestro corto entender, las causas de la ignorancia de la historia nacional.

En la mayor parte de las naciones que desde remotos tiempos comprendieron el valor de dicho estudio, formó éste parte de la educacion, y contribuyó en gran manera á fomentar el espíritu de nacionalidad por el recuerdo de antiguos hechos y á aumentar el pátrio amor con la reminiscencia de heróicos acontecimientos.

Con efecto, no cabe duda alguna de la utilidad y ventajas que proporciona el estudio de la historia y su filosofía, bajo cualquier aspecto que sea mirado. El pone claramente de manifiesto y con severa imparcialidad los hechos gloriosos de altos personages ó eminentes patricios; señala los nombres de seres privilegiados á que han debido las ciencias algun interesante descubrimiento; trascribe con exactitud los hábitos y costumbres de épocas remotas; pinta con vivo y animado colorido á la sociedad en sus diferentes faces, ya en tiempos calamitosos de agitacion y revueltas, ya en períodos de venturosa paz y sosiego. Por él conocemos los grados de ilustracion que alcanzó un pueblo en plazos fijos, el estado de su literatura, ciencias, bellas artes, civilizacion, cultura, formas de gobierno y legislacion; en una palabra, la historia puede decirse que es la cifra de todos los conocimientos, la llave que lo encierra todo, la ciencia universal y como acertadamente dice Ciceron, la norma de nuestra conducta y el testigo de los tiempos.

Nos instruye sobre la religion, mostrándonos sus combates, su progreso y su triunfo: abraza la necrología, porque traza las circunstancias de los que han brillado en la sociedad por cualquier concepto: la política, porque implícitamente contiene nociones del derecho constituido hablando de las diferentes especies de gobierno, de los partidos que se han disputado el mando, de las diversas dinastías, de las prerogativas que en varios períodos tuvieron pueblos y reyes; comprende la legislacion y á la vez la moral

porque se remonta á la existencia del primer código y copia las innovaciones sucesivas y á la par las costumbres, puesto que estas son un reflejo de aquellas, como elocuentemente ha dicho un conocido jurisconsulto, y finalmente, reasume, como en un principio dijimos, la universalidad de los conocimientos humanos. Su estudio es útil é interesante al diplomático, al letrado, al moralista, á todas las clases, á toda la sociedad. Es conveniente y por demás necesario que se generalice, que de ella se impregnen todos los individuos de la sociedad y que sea escaso el número de los que ignoren sus principales rudimentos.

La relacion que la historia tiene con las demás ciencias, la afinidad que con ellas guarda y el ausilio que las presta, las hace de sumo interés para que descuidemos su cultivo, para que no la dediquemos nuestros ratos de ócio. Si la historia considerada como el punto de partida de cualquiera ciencia, como el gérmen de ella, no consignase en sus páginas los adelantos que la marcha progresiva de los tiempos arrastra tras sí, nuestra inteligencia careceria de los principios fundamentales, que forman la base de cualquiera instruccion, y solo poseeriamos en cámbio cuatro ideas groseras que la débil memoria pudiera acaso conservar.

Seria acaso imposible hacer el análisis de una ciencia y profundizar en ella ignorando su historia particular, historia que tantos puntos de contacto tiene con la nacional, que tan íntimamente le está unida y ligada, porque la ciencia sigue la suerte de su patria, su esplendor ó abatimiento depende de ésta.

En España por desgracia se ha descuidado un ramo de tanta trascendencia, de tanto interés vital; se ha mirado su estudio por muchos con harta indolencia y aun tocamos los tristes resultados del olvido. A ello ha contribuido en gran manera, como queda consignado, la série de sus interrumpidas turbulencias, que desde principios del presente siglo ha esperimentado nuestra infortunada patria, que poniendo en espectacion los ánimos escitaban la ansiedad y alejaban al hombre estudioso de su gabinete; mas hoy ya apagada venturosamente la negra tea de la discordia, veremos hombres eminentes dedicar sus esfuerzos á generalizar este estudio ameno, útil y necesario, dotándonos de obras de esta clase de que tanto carecemos.

Algunos de nuestros ilustres vates, entre los que descuellan con gloria los inmortales Zorrilla, Gil y Zárate, Rubí y otros, honor y gala de nuestro teatro, han trazado en brillantes composiciones cuadros grandiosos en que tanto abunda nuestra historia, y el maravilloso efecto que han producido revela satisfactoriamente el distinto modo de pensar hoy dia.

Si los hechos todos de nuestra historia y sus inmensas consecuencias estuvieran al alcance de todas las capacidades, como lo están algunos de sus mas bellos episodios, es seguro que tocariamos resultados brillantes. La nacionalidad, esta diosa que tanto culto necesita entre nosotros, ganaria inmenso terreno; las costumbres se morigerarían; el cuerpo político todo conoceria su benéfica influencia.

Al inculcar la necesidad de este estudio no podemos menos de hacer una advertencia importante por conclusion. Algunos historiadores estrángeros se han dedicado á trazar nuestra historia, y olvidándose de la mas sagrada de sus obligaciones, la imparcialidad, han truncado los hechos, han rebajado su valor cuando estos tenian afinidad ó relacion con su pa-

tria: necesario es, pues, que cuando se lean algunos de estos autores se miren con cierta prevencion ó se consulten con los nacionales.

Uno de nuestros mejores escritores, el Sr. D. Modesto Lafuente, ventajosamente conocido en la república de las letras, se ocupa en la actualidad de dotarnos de una obra de esta naturaleza, y no vacilamos en decir que llenará todos los vacios que al presente se notan.=*J. Molina Cros.*

RECUERDOS HISTÓRICOS.

AÑO 993.

LA CABEZA DE BORRELL SEGUNDO.

(Continuacion.)

> En este mundo pediré á Dios por él; en el otro lo volveré á ver. Mi vida pasará así entre la oracion y la esperanza.
>
> (*Sué.*)

(*) Si no fuese imposible descifrar los arcanos que ocultan el destino de las naciones, si leer pudiésemos en lo futuro, nos asombrarian ya su felicidad, ya sus desgracias.

Tal vez mirariamos sucederse los dias de un pueblo tranquilos como las olas del mar en bonanza, ó veriamos á ese mismo pueblo alzarse imponente y terrible en la guerra, cual las espumas del Occéano en sus tempestades.

Tal vez entre el porvenir distinguiriamos naciones malhadadas sumidas en la infelicidad y gimiendo con desesperacion, porque junto con sus horas sonar debia su anatema.

Semejante aspecto presenta Barcelona.

Rodea sus muros infinito número de enemigos, y sus habitantes mueren con heroismo unos en pos de otros.

En el radio de la ciudad sitiada el rumor de los combates y las oraciones de todo el pueblo forman un grito pavoroso, que es elevado al sólio del Inmortal, no como una imprecacion de venganza, sino como un quegido doloroso de espiacion.

Si este pueblo fuese impío arrojára contra el cielo blasfemias sacrile-

(*) Vamos á referir escenas terribles y que no simpatizan con el gusto literario de la época. Solo escribiremos acciones que la historia escribió tambien. La invencion no está de nuestra parte. Si se nos culpa por haber elegido estos recuerdos entre los muchos que los anales consignan, manifestaremos que data de muy lejana fecha la eleccion, cuando era otro el espíritu dominante en la literatura. Ahora solo publicamos estas páginas para dar mas variedad á nuestras columnas.

gas, pero él solo dirige al Omnipotente súplicas tristísimas y humildes. Por esto los que no empuñan las armas corren presurosos al templo del Señor, y si sus preces no arrancan la victoria derraman en aquellas almas consolacion indefinible.

Son las cinco y cuarenta y ocho minutos de la tarde, los horizontales rayos del sol se pierden entre las cimas de las torres.

Si el aspecto de Barcelona fuera risueño diríase que esta luz en su ocaso está oreciendo las toscas piedras, en la actualidad parece que las ensangriente.

Bajo las bóvedas del santuario dedicado á los mártires Justo y Pastor, un pueblo afligidísimo hace resonar sus plegarias.

Eulalia, esta madre sin ventura, acompañada por María y Matilde ora tambien.

Ninguna voz se levanta sobre las demas para dirigir las oraciones de aquellos fieles. Todos ruegan por su patria, y cada individuo por su hijo, por su padre ó por su hermano que la están defendiendo.

El rumor de un volcan en sus erupciones es incomparable con el que de repente estalla en Barcelona, porque sus enemigos la están atacando.

Todos los fieles salen de la iglesia con precipitacion, y la plaza es incapaz para tanta gente.

¿Qué es lo que hiende los aires? Sobre aquel pueblo apretado é inerme, sobre aquel pueblo de ancianos, mugeres y niños que entusiasmados corren en defensa de su patria, se estrella fria, cárdena y ensangrentada la cabeza del conde Borrell II.

Ver rebotar sobre los cráneos de mil personas vivas la cabeza de un cadáver, presenciar la convulsion de aquel pueblo cuya mitad salió apenas de la cuna, y cuya otra mitad está próxima al sepulcro, nada hay tan horroroso, tan repugnante, tan increible.

Con un alarido de pasmo ábrese aquella multitud, y entonces la cabeza del soberano salta sobre las piedras de la plaza.

Cuando los barceloneses reconocen las desencajadas facciones de Borrell II arrojan un grito con tan inmensa desesperacion, que este sonido inarticulado no es comparable con el rugido del leon, ni con el eco de las tormentas, solo puede asimilarse al estremecimiento de la naturaleza en la muerte de su Criador.

Levantan al cielo sus ojos centelleantes de rabia y venganza, pero viendo cortar la atmósfera cien desgreñadas cabezas se horrorizan, retroceden, huyen sin direccion y sin obgeto, sin saber cómo, ni á dónde, ni por qué.

Y los cráneos de sus hermanos caen sobre ellos mismos, ó se destrozan contra las piedras.

Eulalia, Maria y Matilde luchan inútilmente para penetrar en su palacio, cuyo patio obstruye gran parte del pobre y desventurado pueblo.

Entretanto continúa sin interrupcion aquella lluvia sin nombre: aquella lluvia espantosa, impura, sacrílega, maldita: aquella lluvia que los pasados no vieron, ni las generaciones futuras quieran ver.

Y los cráneos caen unos en pos de otros, y chocando en su descenso, parten en ángulos divergentes hiriendo juntos el suelo con huesoso rechinamiento y ensangrentada trituracion.

Y este siniestro crugido espeluza y causa frio á la horrorizada multitud,

que apretándose en las estrechas salidas de la plaza, no puede apartarse de tan repugnante escena.

Y los corazones de estos infelices laten con tanta violencia, que agitando el pecho sin medida, se rechazan unos á otros.

Desesperando Eulalia de poder entrar en su casa sentóse en una piedra. Matilde y María lo hicieron en el suelo á su lado. Ella mira con tranquilidad el cielo, su hija y la esposa de su hijo lloran reclinando su frente sobre el seno de la anciana.

Esta tranquilidad es mas penosa que la misma desesperacion.

Un fuerte sacudimiento de aquella madre hizo descubrir sus rostros á las dos niñas. Sobre el blanco ropage de sus vestidos acaba de rodar la cabeza de Hugo de Orcau. Las tres la reconocieron.

Matilde cae desvanecida. Febril convulsion agita los miembros de María, y á pesar de que el temblor hace bambolear su cuerpo, se levanta con serenidad. Tambien se levanta Eulalia. Ni una lágrima baña sus pupilas, pero sobre su cara se dilata el color de la muerte. Coje con ambas manos la cabeza de Hugo apretándola por las sienes. Su dolor y su pensamiento es imposible comprenderlo. Solo un instante se mantuvo en pie cuando sobre aquel lábio cárdeno iba á depositar el último beso de una madre, se desploma inerte estrellando su cráneo contra el de su hijo.

Dios soltó el cáliz de amargura que con impotente mano sostenia, y al quebrarse toda la hiel, se derramó sobre tan desventuradas criaturas. Bendito sea el Señor en sus juicios.

Cuando Matilde volvió en sí, María sentada donde antes habia estado la anciana, respiraba con pena teniendo á sus pies el cadáver de Eulalia y la cabeza de su esposo.

¡Pobre hermana mia! (dice Matilde) ¿puede haber mas dolor sobre nosotros?

María lanzando un prolongado suspiro. Estoy cansada (dice), estoy cansada.... ¡Hemos orado tanto para que Dios conserve la vida de mi esposo!... pero Dios lo salvará.... ¿No es verdad que lo salvará?

Y juega trenzando la hirsuta cabellera de aquella cabeza tronchada. Está loca.

Matilde lo ha comprendido. Es un nuevo grado de infelicidad. Su débil naturaleza no puede resistirla, y segunda vez cae anonadada sufriendo los terribles sacudimientos de un dolor sin egemplo y sin límites.

En este momento se despedaza á su lado la última cabeza de aquella lluvia sin nombre, de aquella lluvia espantosa, impura, sacrílega, maldita: de aquella lluvia que los pasados no vieron, ni las generaciones futuras quieran ver.

POESIAS.

MEMORIAS DE UNA PASION.

Pasad vanos devaneos
De amor muerto al nacer,
No me volvais á traer
Entre vuestro torbellino
Ese fantasma divino
Que recuerda una muger.
(*Zorrilla.*)

¿Qué conserva nuestra mente
De lo pasado?—Un recuerdo.
—Seré feliz ciertamente
Si trascurriendo el presente
Memorias tales no pierdo.
Ver á una imágen querida
Son mis únicos deseos,
Mi dicha está ya perdida,
Pasad goces de la vida,
Pasad vanos devaneos.

Castillo alzado en el viento,
Mentira, sueño, ilusion
Es mi loco pensamiento;
Mas dejadme un sentimiento
Que halaga mi corazon.
Sé que no puede tornar
Lo que ha perdido su ser.
Ya que imposible es amar
Quiero el recuerdo evocar
De un amor muerto al nacer.

Pero no.... lejos memoria
Que á turbar vienes mi calma:
Si *ella* goza de la gloria,
En esta vida ilusoria
Goce tambien paz el alma.
¡Ay! sí, gozar es mejor.
—¿Qué importa lo que fue ayer?—
Pensamientos por favor
Los recuerdos de mi amor
No me volvais á traer.

A mí la dicha y placeres.
¿Por qué causa he de llorar?
Retroceded padeceres;
¿Faltan acaso mugeres
A quienes poder amar?
Haya paz si ha fallecido,
Cumpla cada cual su sino,
Bastante débil he sido
Goces; yo buscaré olvido
Entre vuestro torbellino.

El olvido es un consuelo
Que la mente no alcanzó....
¡Ay!.... su imágen es mi cielo,
Su imágen es lo que anhelo,
No puedo olvidarla, no.
Esa querida vision
Precede á cuanto imagino....
Enloquece mi razon,
Y abrasa mi corazon
Ese fantasma divino

—Ya tan solo es polvo y cieno
La que un tiempo fue beldad.—
Mas de su memoria lleno
De mi pensamiento el seno
Le dará inmortalidad.
Sí, pues á cada momento
Para mi mal y placer,
Para mi dicho y tormento,
Solo tengo un pensamiento
Que recuerda una muger.

M. de Castells.

VALENCIA

31 DE DICIEMBRE DE 1848.

SONETO.

EL os años á los años VA n siguiendo.
DE ncuentra lo futuro eN lo presente
DE ilatados anales, do gualmente
DO el vicio, ó la virtud se está iM primiendo.
DO e este año, el porvenir iR á leyendo:
ER eyes se ensalzan; puE blos audazmente
ER mpeñando la lucha fren Te á frente
CU n trono hunden, república E rigiendo.
RE inismo y religion, meng UA y victoria,
RE pide mias, con Quistas y ruinas,
AL evueltas, paces, desh Oor y gloria,
AL auros y haza Ñas todo lo destina
los fastos inmensos de lA historia

El recuerdo del año que termina.

M. de Castells.

COSTUMBRES.

LOS ESCRIBIENTES.

ARTICULO 2.º

Dijimos al final de nuestro artículo anterior que el *escribiente lampiño* asciende á la categoría de *escribiente esperanza*; veamos ahora como se efectúa este cámbio, y qué hace este personage tan pronto como se desprende de sus antiguos hábitos para sentar plaza en esta cruzada, y ostentar triunfante y glorioso los laureles que ha alcanzado en los tres ó cuatro años que lleva de profesion.

Convencido el *escribiente lampiño* de que en el decurso de su vida no

ha encontrado nadie todavía que le tienda una mano caritativa, medita allá en sus adentros el modo de salir de la vergonzosa tutela en que yace. Mucho le valen para ello las relaciones de sus cólegas, que duchos ya en el asunto y amaestrados con las lecciones de la esperiencia, le inflan la cabeza de viento, como las velas de un buque en alta mar, ó el estómago de un gloton en un dia de gaudeamus. Un consejo á tiempo es la máxima mas sábia del mundo; y hé aquí como aprovechándose de él el *escribiente lampiño*, deja á su antiguo amo, por otro que le da mas, y le ofrece al mismo tiempo ventajas de consideracion. Esto no es estraño: nadie mejor que él está persuadido que la gratitud no se encuentra entre las virtudes del catecismo, y á decir verdad, tampoco le ha ido muy bien cuando por efecto de la inesperiencia que llevan consigo los pocos años, era un satélite del principal. Sobre todo, este siglo es de lo positivo, ¿y quién por miope que sea no ha leido en aquel libro, que no sé como se llama, «poderoso amigo es D. Dinero?" Ello en fin es que queda trasformado en *escribiente esperanza*, del cual vamos á ocuparnos.

El *escribiente esperanza* es sin disputa un ente singular. Cifrando toda su felicidad en el porvenir, sufre siempre con resignacion los vaivenes y quebrantos de un presente sombrío y funesto. Pero espera, y el hombre que espera lo vé todo por el prisma de las ilusiones que mecen su pensamiento en los dorados ensueños de la fantasía. Desgraciado de él, si se convenciera de que ese arrobamiento, ese éxtasis delicioso se borra de la memoria con la misma facilidad que una muger olvida las palabras que han hecho latir de amor su corazon. El *escribiente esperanza*, sin embargo, está muy lejos de elevar su pensamiento á esta teoría. Desempeña en el drama de su vida un papel muy interesante, y las situaciones en que se coloca, exigen por su parte un génio emprendedor, infatigable.

Casi con los mismos resábios que el *lampiño*, si bien mas cortés en ocasiones, consigue á fuerza de cuidados y sinsabores, captarse la benevolencia de su patrono, y como en el mundo todo está sujeto á la ley de la compensacion, el *escribiente esperanza* la encuentra en las concesiones que aquel le hace. Esto es un paso, un adelanto de mucha valía, es en una palabra cuanto podia esperar. Con efecto, tener asegurado el presente, y dedicar tres ó cuatro horas diarias á un trabajo, que sino fallan sus cálculos, le han de hacer hombre de pro á los pocos años, es poner una pica en Flandes. El *escribiente esperanza* emprende pues la carrera de escribano; pero como siendo simple escribiente no puede con sus productos hacer grandes ahorros, espera con el tiempo dar felice cima á sus proyectos. El hombre de carrera lleva á todas partes en la cabeza, como dice, un capital productivo, pero como le faltan medios para el empleo de esta capital, se dedica á obsequiar á alguna hija de artesano rico, con el objeto de ver si el padre, seducido por el brillante porvenir con que le brinda este pretendiente, afloja por via de dote, los monises necesarios para adquirir una notaría, y bien en la capital, bien en un pueblo, sentar definitivamente sus reales. Para realizar esto, asiste á ciertas academias de baile, frecuenta los paseos menos concurridos, oye misa temprano, dedica algunas tardes al teatro, sobre todo en la temporada de fiestas, en que el bolsillo está algo repleto con los aguinaldos. Parroquiano constante de la Glorieta en las noches de verano, centinela de las fiestas de calle, y esplorador en todas las músicas y diversiones que no cuestan, busca con

la mas diligente solicitud un arrimo, un *buen lado*, como dice, que lejos del bullicio del mundo y en estos retirados sitios se albergan esas cándidas palomas escapadas de las garras del gavilan. Galante hasta donde alcanzan sus fuerzas, sabe echar el resto cuando viene la ocasion, y se encuentra frente á frente de su conquista en alguna horchatería, funcion de volatines ó baile de máscaras. Afortunado de él si puede esclamar al fin como Arquimedes *¡Eureka!* ¡Desgraciado sino lo *encuentra!*... Una circunstancia es peculiar y propia en este prógimo, y vamos á indicarla antes de concluir su bosquejo. El lector recordará que hemos dicho que el *escribiente esperanza* seguia la carrera de escribano, y en concepto de tal debió probar su aptitud en la gramática, sin embargo, por un *quid pro quo* inesplicable, se le resiste la ortografía. Así que escribe, *indeferiencia*, por indiferencia, *vertud*, *exactitud*, y otros por el estilo; pero salió aprobado en los exámenes; y sobre todo para tener buena letra, no se necesita escribir correctamente.

Otra circunstancia le adorna tambien que forma las mas veces un contraste notable, y pone de manifiesto los incesantes esfuerzos que hace para marchar con el siglo, aunque en las apariencias, y confundirse con tantos y tantos entes ridículos como pululan en la sociedad. Como á todas les halaga ostentar un esterior que seduzca, el *escribiente esperanza*, que vive de esperanzas, espera conseguirlo, pero el inocente no cae en la cuenta, que esto equivale á ponerse en berlina dando libertad á cada hijo de vecino para que le regale algunos piropos que le sientan á las mil maravillas. Y como el deseo de imitacion ha echado en él tan profundas raices, no hay fuerzas humanas que arranquen de su mollera estas ideas. Con efecto, vémosle de contínuo lucir un trage, obra de un sastre, *picolo cartello*, que como no recibe figurines, es parodia charanguera y divertida, que destaca con insolente descaro los apéndices con que adorna su figura. Por eso se pavonea siempre mesando su espeluzanada melena á guisa de perro de agua, arreglando su *ridícula* corbata, mirándose de pies á cabeza, y contoneándose y haciendo desguinces al pasar por delante de una tienda de modas y ver reproducida su efigie en un espejo. Pero en fin, si ya el poeta dictó mucho antes que nosotros su severa sentencia, ¿por qué hemos de repetir ahora *risum teneatis?*

Sigue el *escribiente trapisonda* que es una especie de lanzadera, ó como si dijéramos el movimiento contínuo: tal se afana y se agita y revuelve, buscando negocios que ofrezcan segura ganancia. El *escribiente trapisonda* tiene conocimientos en todas las oficinas, en todas las dependencias del estado, y está impuesto en toda clase de asuntos que pertenezcan á la administracion ó á la curia; su posicion sufre mas alteraciones que la atmósfera. Dias hay que no tiene una blanca, y otros en que el bolsillo está repleto. El reune siempre á su alrededor una numerosa clientela de aspirantes: de otra manera no podria multiplicarse en tantos *él* como reclaman los asuntos que se le confian. A este le saca una comision á partir, á aquel le dá carta blanca para el D. Fulano que busca; escribe memoriales y se encarga de presentarlos, no olvidándose nunca de aquel estribillo favorito.—«Pierda V. cuidado; lo que no haga por mí, no lo hará por nadie.» Es al mismo tiempo un corredor de corredores. Le acontece muchas veces tener tratos con cierta vieja, y como negocia sus fondos, dá á préstamo algunas pequeñas cantidades; pero esto es muy espuesto,

cuando los acreedores toman las de villadiego ó se declaran en quiebra. La vieja le apostrofa y refunfuña; pero ya es tarde, y ha quedado limpia. ¿Qué remedio? si te he visto no me acuerdo. Este percance le afecta dolorosamente; pero cabila, y el hombre que cabila, á la larga ó á la corta consigue algo.

El *escribiente trapisonda* no está nunca sin hacer nada; si este golpe le ha salido mal, otros se le preparan mejores. En el interin, y si por efecto de la publicidad del lance hay cesantía, busca colocacion en otra parte y la encuentra. Acompaña chicos á la escuela ó se hace memorialista, escribe cartas, copia documentos y saca cuentas. Esto sobre todo no se le olvida que es muy lince, como testifica la vieja, en achaque de cuentas. Cuando esto le acontece, es una masa de fragua: ¡pobre acreedor, á quien se dirige! le persigue, le acosa y le martiriza, pero le acorrala, y al fin suda algo para contentar á la vieja, transigiendo el negocio con un ochenta ó noventa por ciento de pérdida para ella. Con esto y algun otro enrredillo vuelve á las andadas, hasta que hace una de las suyas y le echan por la puerta falsa, si es que no le buscan el bulto. Entonces dá el último golpe y se acredita; traslada su domicilio á otra parte, si es que la justicia no ha descubierto nada por lo que pueda ponerle á recaudo.... Si desgraciadamente llega este caso, el final es mas trágico que cómico: el lector lo adivinará sin que nosotros hayamos necesidad de darle otras esplicaciones.

Tambien figura en el catálogo de estos individuos un cierto personage, que sin poderle llamar propiamente escribiente, pertenece no obstante á la familia, y que si hubiéramos ánimo de bautizarle le dariamos el nombre de *apariencias*. Con este título, ó mejor dicho este equívoco, viene de molde á toda esa falange de aspirantes ó meritorios que se encuentran en casi todas las oficinas; pero como su vida es una especie de ilusion óptica, no creemos oportuno privar al lector de los atractivos de este espectáculo, toda vez que si alzáramos un poco la cortina, podrian ciertos mal intencionados echarnos en cara lo muy torpe que habia andado nuestra mano. Ademas que no todo puede decirse y algo es preciso dejar al buen juicio del lector si quiere ilustrar el asunto con algunos comentarios de propia cosecha. Uno solo adelantaremos y dejamos á su buen sentido las consecuencias, y es: que siendo el personage que nos ocupa empleado en ciernes, cambia de opinion con tanta facilidad y frecuencia, como las culebras la piel.

Esta especie de digresion nos ha conducido ya al fin de nuestro imperfecto trabajo, que con el obgeto de no hacerlo tan elástico como conciencia de ministro, procuraremos encerrarlo en el menos espacio posible. Y con esto concluimos el cuadro, bajando del estante donde está colocada la efigie del *escribiente fanfarron*.

El *escribiente fanfarron*, es como si dijéramos fachada de casa grande. Posee todas las cualidades de sus compañeros, salvas las del *trapisonda*, y en mas de una ocasion ocupa aquel lugar por rigorosa escala. Si ha despuntado, si ha sabido aprovecharse de buenas relaciones, si, en una palabra, tiene mérito suficiente para ostentar un esterior que cautive á primer golpe de vista, se encuentra de rondon en la cúspide de sus glorias. Desde este elevado lugar mira con cierta indiferencia y desden á sus compañeros, que le contemplan llenos de envidia. Ostenta en todos ramos un caudal de conocimientos que admira: despacha los negocios del principal como

causa propia, y ordena y manda á las dependientes de sus dependidos, con ese aire de fatuidad é importancia, propio del que saliendo de la nada, se encuentra de la noche á la mañana con un enorme fortunon. Su trage, sin ser de rigurosa etiqueta, puede disputar á la moda, sobre todo por Navidad, el privilegio de invencion. En esta época es cuando se necesita de la ayuda de un escelente catalejo para no confundirle con los elegantes de sociedad. Sus modales pertenecen á esa escuela *sui generis*, mezcla de buen tono y ridiculéz, ó como si dijéramos, *churigueresca*. Saluda á las gentes á la distancia que los centinelas dan el quien vive; con esto logra que se le tenga por hombre fino y cortés. Pisa fuerte cuando va al teatro para llamar la atencion, y que cada cual emita libremente el juicio que de él se forme. Si asiste á reuniones, que le son familiares, hace un papel distinguido, y todos dicen, ¿qué hombre tan amable? Y el que es amable obtiene del bello sexo todo cuanto desea, es decir, no todo lo bello de la belleza, que esto seria pedir gollerías, sino aquella otra parte de belleza que la naturaleza ha negado á las bellas.

Ahora bien, cualquiera creerá que el *escribiente fanfarron*, con todas estas cualidades superlativas, es el niño mimado de la sociedad; y sin embargo, está muy distante de ello. Lo seria efectivamente si supiera aprovechar con ventaja la prevencion favorable que inspira, y conservára hasta el último grado esa apariencia fascinadora; pero como ya hemos dicho que nada hay perfecto, sufre bien amargos desengaños. Ha cautivado con sus miradas y el contínuo rondar la calle, el corazon de una niña de elevada clase, toca con sus propias manos el mas cruel desengaño, tan pronto como le pregunta: ¿Es V. militar?—No.—¿Hacendado?—Tampoco.—¿Pintor?—Menos.—¿Artista?—Disparate.—¡Ah! ¿estudiante?—Quia.—¿Pues qué es V.. qué rango ocupa?—Lo ignoro.—Acabe V. pues.—Y con la mayor compuncion tiene que confesar de plano y decir soy escribiente. Esta palabra produce en la niña un rapto de cólera, y maldice hasta el momento en que le vió. Pero qué le importa; ¿no son todo borrascas en el mar de amores? y sobre todo, ¿no tiene sus puntas de calavera, cualidad que aprecian las mugeres? Si una ha salido mal, otras caerán en las redes, que él es mozo de chirúmen, y acobardarse por un golpe, fuera una necedad de á fólio.

Pero una de las circunstancias que le son inherentes, es la aficion al arte dramático. En este terreno es un atleta; en el teatro es donde le están reservados los laureles de la victoria. Allí se familiariza con todos los grandes actores de la época, y les disputa las glorias del arte. Como *aficionado*, es una notabilidad segun el sentir del público, que infatigable le prodiga aplausos en cuantos papeles toma á su cargo. Poco importa que hombre sin mundo, represente *el hombre de mundo*, y que ignorando la historia, ensaye y dirija un drama histórico, el resultado es igual; aplausos y mas aplausos, es la recompensa que los espectadores le tienen reservada. Buenos actores han cometido anacronismos, y es cosa que nada vale, que un malicioso se le ria. ¿Qué importa que Wamba vista chamberga, ó Alfonso de Guzman á la Wobaliere? El trage no hace al caso si agracia á la persona. Hasta aquí tendria pase su eficacia, si á esto solo se limitára, porque como dijo Esopo, es preciso dar un desahogo al ánimo de vez en cuando; pero no para aquí, que como ha leido muchos y muy buenos versos, como atestigua, se empeña en ser poeta, y entonces ya es peor

que un tabardillo. Persigue sin tregua á los perioditas, y en sartas de letras, que para llamarse versos, fuera menester medirles á palmos, se empeña en cantar á su Filis el amor que le domina. ¿Qué es una declaracion, le dicen? No importa que el público lo sepa, si ella tiene el periódico y la lee. Es una letrilla picaresca, contesta con tono burlon.—Pero esas palabras tan mal sonantes.... esos equívocos son traidos de los cabellos.... tan fuera de lugar.... esas alusiones tan de mal tono....—Bobería, el público reirá. En conclusion, la composicion es mala, pésima, detestable; pero tiene una letra escelente y la entenderán los cajistas. Ademas, cuántas y cuántas cortesías no lleva hechas de antemano....—¡Ay! ¡cuánto pudiera decirse si no nos hubiéramos alargado tanto en este artículo!

Concluiremos con una observacion. Se ha dicho que los estremos se tocan, es cierto: el escribiente lo justifica: suele á veces salir una capacidad, y en otras.... una calabaza.=*Francisco Puig y Pascual.*

FELIPE DE LUCHEX,

NOVELA ORIGINAL

escrita por D. Joaquin Pardo de la Casta.

PRIMERA PARTE.

(Continuacion.)

CAPITULO VI.

En que se da cuenta al lector de como el duque de Marancy fue asesinado y de como los asesinos se apoderaron de una carta que llevaba en el bolsillo.

La una acababa de oirse cuando llamaron á la puerta. Maese Turquant que se habia dormido sobre el tablero se despertó azorado, pero cuando llegó á la puerta se encontró allí al caballero desconocido que acababa de abrirla.

Francisco Clopin y sus cuatro compañeros entraron precipitadamente. Venian cubiertos de sangre. El tabernero volvió á cerrar la puerta. Francisco se dejó caer sobre un banco, tal era el cansancio que traia.

--¿Ha muerto? preguntó el caballero desconocido.

--¿Que si ha muerto? ¡Ah!... sí, pero se ha defendido como un demonio.

--No parecia sino que se hallaba en medio de los españoles.

--El vejete tenia buenos puños, añadió un tercero.

--¿Iba solo, no es verdad?

--Sí, contestó Francisco mas reanimado. Sí, solo iba; pero estoy rendido: viejo Turquant, trae vino.

El viejo tabernero salió poco despues de un cuarto con una jarra de cobre llena de vino y con cuatro vasos del mismo metal, todo lo cual lo colocó sobre una mesa al rededor de la que estaban todos sentados; él mismo cogió una banqueta y se sentó tambien. El caballero le miró como disgustado de su atrevimiento, pero él permaneció sentado.

Francisco bebió un gran vaso y dijo despues.

--Vos no os habiais engañado; á las doce le vimos entrar en la callejuela. El Tigre y yo le esperábamos á veinte pasos y los demas guardaban las esquinas. El Tigre le derribó en tierra con sus brazos y le tapó la boca con un pañuelo; el duque creyó que éramos ladrones y nos alargó la bolsa, la cual, sea dicho de paso, tomamos puesto que nos la daba; luego yo le dí dos puñaladas, le quitamos el pañuelo y aun respiraba; entonces se levantó y se lanzó sobre mí y me derribó al suelo, puso una rodilla sobre mi pecho y la sangre que arrojaba el suyo caia sobre mi cara: ¡ah! á no estar allí el Tigre me hubiera muerto, pero mi amigo le sujetaba los brazos sin poder hacer otra cosa.

--El puñal se me habia perdido, con la oscuridad no pude encontrarle y el duque habia arrojado el suyo temiendo que sirviese para acabar con él, dijo el Tigre.

--En este estado acudieron estos tres, los cuales, segun dicen, le dieron media docena de puñaladas mas.

--Pero te aseguraste si habia muerto.

--Luego me levanté del suelo, me limpié la cara y aun pude oir estas palabras al moribundo duque:

--Miserables, conozco la mano que os dirige ¡perros protestantes! Si el rey me hubiese escuchado no quedaria uno en Francia.

--Luego creyó que erais los protestantes.

--Afortunadamente.

--Despues, cuando el Tigre le dió la última puñalada, pronunció el nombre de Margarita y murió.

--Esa Margarita debe ser su muger ó su querida, dijo lógicamente el Tigre.

El caballero se estremeció y despues bebió un poco de vino por la vez primera.

--¡Ah! dijo de repente Clopin, una cosa se me olvidaba.

--¿Qué?

--En un bolsillo de su jubon llevaba una carta.

--¿Una carta?

--Sí, tomadla, y Clopin dió al caballero un papel doblado y manchado con algunas gotas de sangre.

El caballero leyó en voz baja lo siguente:

«Apenas llegó á Madrid vuestro recomendado Felipe de Luchex, le presenté en casa de todos mis amigos despues de haberles prevenido de antemano que tratasen de proporcionarle diversiones de toda especie, pero el las rehusa y no hemos podido alcanzar que asistiese á ningun baile. Solo tras largos esfuerzos pudimos conseguir el llevarlo á un banquete que dió la princesa de Evoli, muger muy célebre y muy amada del rey Felipe II, y ¿sabeis lo que hizo? ¡Oh! mas valiera que yo no hubiera intentado llevarlo ó que vos no me lo hubieseis mandado; el altivo jóven, preciado de su hermosura y de su arrogancia, se atrevió á decir á la duquesa que era muy

hermosa cuando el hijo de Cárlos V estaba al otro lado y tal vez acababa de decirla lo mismo. La audacia del caballerito francés hizo sonreir á la dama ínterin que el rey le lanzaba una de esas miradas que hacen temblar al mundo. Vos mejor que nadie conoceis á Felipe II. Concluido el banquete vuestro recomendado encontró en la puerta de la calle un hidalgo español que le esperaba para batirse. ¿Por qué motivo? preguntareis. ¿Por qué? La contestacion es muy sencilla, porque vuestro recomendado acababa de hollar la dignidad real hablando á la duquesa, y en España son muy adictos al trono. Una herida que recibió Felipe de Luchex en el brazo fue el resultado del duelo, duelo que ha llegado á oidos del mismo rey y que ha dado cierta celebridad á los combatientes. No obstante esto, Felipe observa su anterior método de vida, es decir, sale poco de casa y huye de la sociedad, no parece sino que este jóven haya dejado en París su felicidad; quién sabe, puede que esté enamorado. Hace algunos dias que se halla enfermo y no se deja ver de nadie. Vuestro amigo= *Jeannin.*"

Acabada de leer esta carta el caballero se la metió en el bolsillo sin manifestar ninguna alteracion su semblante; despues sacando un gran bolsillo de cuero lo puso sobre la mesa y levantándose dijo:

--Ahí encontrareis doscientos escudos, que Clopin vuestro gefe os repartirá segun crea conveniente.

--¡Oh! no reñiremos, dijo el Tigre.

--¡Nosotros reñir! añadió otro.

El tabernero Turquant miró al caballero despues de mirar la bolsa, esto equivalia á decir:--Y para este pobre diablo no habrá nada. El caballero lo comprendió sin duda y alargó al viejo cuatro escudos sobre los dos que le habia dado.

--Conque os vais ya, dijo Francisco, ¡oh! esperad, quiero acompañaros hasta la puerta, y se levantó.

Turquant esperaba en ella despues de haberla abierto.

--Adios, Francisco Clopin, dijo el caballero, mañana el asesinato del duque de Marancy hará estremecer á los católicos. Todos creerán que lo han asesinado los protestantes.

--Y los que le han muerto son mas católicos que el rey de España.

--Adios, añadió el caballero.

Poco despues salió tambien Clopin y su gente.

Luego que se hubieron marchado todos maese Turquant vió un papel en el suelo junto á la banqueta donde habia estado sentado el caballero. Era un perfumado billete que el viejo truan acercó á sus narices diciendo: --Huele bien, no quiero romperlo, quién sabe si algun dia vendrán á buscarlo y me darán algunas monedas por él.

RECUERDOS DE SUIZA.

EL TAMINA.

(Continuacion.)

Situados estos baños en el pais de Sargens, ofrecen una posicion verdaderamente notable y digna de describirse. Ocupan con efecto la espantosa garganta del Tamina, formada por el rio de este nombre. A ellos se baja por una mala veredita muy áspera, y de un cuarto de legua de estension. Los referidos baños se hallan construidos sobre la misma roca de la parte izquierda del Tamina. Al lado opuesto, es decir, al S. y á una distancia como de unos 160 pies, se ven elevarse las paredes verticales de rocas descarnadas, cuya altura es 664 pies. En el mes de julio y agosto se vé salir el sol á las once de la mañana, y á las tres de la tarde ya no puede disfrutarse.

El manantial de las aguas termales sale de aquellos peñascos, y á distancia de unos 700 pasos del edificio, del fondo de un abismo espantoso que forma uno de esos cuadros mas notables que ofrece la naturaleza en la agreste y pintoresca Suiza.

Cerca del edificio hay muchos puntos de descanso, cuyos mas notables son los siguientes: 1.° El llamado en aleman Kanzlein (tribunita.) 2.° El almacen del italiano, donde se venden varios objetos. 3.° La soledad. 4.° Mas allá del puente del Tamina hay una bóveda formada por varios peñascos, y en donde se llenan las botellas de agua termal que venden en varios puntos. Este sitio, visto al medio dia, es de los mas singulares y pintorescos. Puede uno sentarse sobre las piedras desnudas, decoradas en uno que otro punto por rosales silvestres, que se ven en plena floracion por el mes de agosto, formando vistosas y colgantes guirnaldas; al lado se vé al impetuoso Tamina y el puente por donde se pasa; en frente se perciben varias rocas negruzcas, si bien amenizadas por el verde claro de los arces y encinas inmediatas. Por la izquierda se encuentra la espantosa y sombría garganta por donde el rio parece se apresura en su marcha veloz, á huir de los horrores de aquel sitio, y por la derecha solo se percibe un ligero reflejo que permite la altura y direccion de las rocas en los dias claros y serenos.

A pocos pasos de este parage encontramos ya la garganta del Tamina, que forma uno de los cuadros, únicos en su género, al menos en Europa. Con efecto, la imaginacion mas exaltada y poética podria dificilmente pintar la puerta del averno, bajo formas mas horribles, que las que la naturaleza nos ofrece en este sitio, al cual da paso un puente de tablones, que descansan en los ángulos entrantes y salientes que forman las rocas desnudas; tiene de seis á setecientos pasos de longitud, y por el cual es menester andar con mucha precaucion, no tanto por su altura, cuanto porque á cada momento se ve uno obligado á dirigir la vista hácia abajo, á causa del ruido sordo y grave que se percibe, producido por las aguas del Tamina.

Pasado el puente, queda aun la garganta ó entrada del rio, que tiene

sobre unos treinta pies de latitud, si bien se va estrechando cuanto mas se baja hácia el torrente.

El descenso al punto donde toma orígen el rio es sumamente peligroso, aun tomando cuantas precauciones son imaginables; por dicha causa no tuvimos por oportuno pasar de unos cincuenta pies mas allá de la entrada, desde donde se disfruta de la mas sorprendente perspectiva, no solo por el ruido semi-infernal que desde el primer momento se percibe, sí tambien por la densa niebla que cubre aquellos puntos, su calor sombrío y aspecto verdaderamente lúgubre, que contribuyen á aumentar los rayos del sol, que por varios puntos penetran en los dias claros y serenos y á las doce de la mañana.

Desde el sitio que antes hemos mencionado parte una veredita, la cual dirige desde la *soledad* hasta la parte superior de una colina, llamada *Galanda-Schau* (vista de Galanda), por la razon de que mucho antes de haber llegado, se descubre la montaña pirámidal y selvática de este nombre. Siguiendo á lo largo de esta colina por una sendita, puede irse hasta la estremidad oriental de ella, cuyo punto es ciertamente muy digno de verse, por la particularidad que ofrece la existencia de dos abetos sumamente antiguos que vegetan sobre el espantoso abismo que forma la garganta del Tamina. Por la parte opuesta se nota una hoya ocupada por hermosos bosques de varias y sombrías coníferas. Si seguimos el camino delicioso que se vé al O., atravesando una vasta estension de alerces, encontramos tres senditas; la primera baja hácia la derecha, y despues de verse interrumpida por un manso arroyuelo, y pasar luego por entre varios arbustos y matas, que parece forman una especie de laberinto, conduce al cabo de unos quince minutos á un sitio sumamente pintoresco, solitario y romántico, en donde, gracias á los árboles de elevada talla que allí vegetan, y plantas menores como brezos, etc., no penetran los rayos solares, y se disfruta de una frescura encantadora. Es un parage propio para poetas, ó para aquellos filósofos que se dediquen á la contemplacion de las maravillas que el autor de la naturaleza obró en la creacion.

Si despues de pasar el arroyuelo mencionado se deja el camino, y se baja por la derecha de la hoya antes indicada, se llega al cabo de muy poco tiempo á un bosquecito, que forma un cenador magnífico y sorprendente, donde se disfruta una frescura en estremo grata, y un silencio no interrumpido, sino por el gorgeo de alguno que otro pajarillo, ó el graznido de algun cuervo. En este punto hay varias preciosidades geológicas que admirar.

La segunda senda no ofrece nada de particular. La tercera se dirige hácia arriba por entre varios alerces, encontrando á una y otra parte bellas y pintorescas praderas, con alguna que otra casita de campo. Siguiendo por la parte de la derecha, se ganan al poco rato las alturas de una ladera, donde con grande admiracion se halla sorprendido el viagero, por el jardin llamado de Valenz, sitio verdaderamente admirable, y en donde se disfrutan ademas de las delicias propias á dicha localidad, las que son consiguientes al bello punto de vista que de dicho sitio se descubre, admirando sin cesar el magestuoso é imponente cuadro que la naturaleza presenta en aquellos tan amenos y solitarios sitios.

A dos leguas de este punto se encuentra el llamado Kalfeusenthal, al cual creen aquellos naturales, habitáran antiguamente los gigantes.=*A. B.*